

## Confianza<sup>1</sup>

1. El encuentro de Jesús con sus discípulos en el interior del mar de Galilea, aquella noche difícil de viento contrario, que hoy nos propone el evangelio de san Mateo, está plagado de enseñanzas para nuestra lucha interior. Quisiera fijarme especialmente en el hecho de que cuando arrecia la tempestad en la que se encuentran inmersos, el Señor va en su busca. Al verlo venir, comprensiblemente, se espantan y suponen que se trata de un fantasma. El Maestro tiene que tranquilizarlos: *Soy yo, no teman*. Luego viene la sorprendente propuesta de Pedro: *Señor, si eres tú, mándame ir a ti caminando sobre el agua*. Jesús accede y Pedro se baja de la barca y comienza a deslizarse sobre el agua en dirección al Señor<sup>2</sup>.

El momento es de una intensidad indescriptible. La atónita mirada de Mateo registra desde la barca todos los detalles: La oscuridad de la noche, la violenta tempestad, la ocurrencia de Pedro, Jesús a cierta distancia... Y, para asombro de todos, que no es solo Jesús, sino también su discípulo quien se mantiene de pie sobre el agua agitada. Apenas empiezan los apóstoles a comprender lo que está pasando, cuando se intensifica la fuerza del viento, Pedro se asusta y empieza a hundirse. Luego viene el grito de pánico: *¡Sálvame, Señor!* Y, tras la intervención de Jesús, su reproche: *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* Finalmente, la calma llega.

*Nunca faltan pequeñas y grandes tempestades*

2. ¿Qué nos dice a nosotros todo esto? Pues varias cosas, especialmente, que Nuestro Señor nunca nos deja solos. Que cuando nos ve batallar en la barca de la vida, siempre viene junto a nosotros. Y viene, además, en el momento oportuno. No antes ni después. A ratos nos podrá parecer, como a los apóstoles aquella noche devastadora, que tarda. La espera se nos puede hacer insoportable, pero el Señor siempre llega. Y, finalmente, nos llena de paz. Lo importante es que no nos falte la fe y, con la fe, la esperanza. La seguridad de que Él siempre sabe el momento adecuado de su intervención.

En el libro de su vida, santa Teresa consigna que Jesús *nunca falló a sus amigos*<sup>3</sup>. Ni entonces, ni ahora. ***Cuando imaginamos que todo se hunde ante nuestros ojos, no se hunde nada ‘porque Tú eres, Señor, mi fortaleza’ (Sal 42, 2). Si Dios habita en nuestra alma, todo lo demás, por importante que parezca, es accidental, transitorio; en cambio, nosotros, en Dios, somos lo permanente***<sup>4</sup>. En un alma que realmente cree en Jesús, que tiene clavado su amor en el corazón, no pueden caber ni la turbación, ni la angustia, ni ningún tipo de miedo, sino solo y siempre, la confianza.

*Se confía cuando se ama*

---

<sup>1</sup> Homilía en el domingo XIX del tiempo ordinario, ciclo A.

<sup>2</sup> Cfr. Evangelio, *Mateo* 14, 22-33.

<sup>3</sup> Santa Teresa de Jesús, *Vida*, 11,4.

<sup>4</sup> San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 92.

3. No pocas veces en la vida, quisiéramos una intervención de Dios inmediata y evidente. Ruidosa, como la que quizás esperaba el profeta Elías en el Horeb<sup>5</sup>. Una intervención con viento huracanado que parta las montañas y resquebraje las rocas, o con terremoto o con fuego... pero no. Dios se hace presente en la suavidad de una brisa ligera. Es una presencia muy discreta, pero no menos eficaz, como tantas veces se comprueba en la Biblia.

Lo que no debe faltar de nuestra parte, insisto, es una total confianza en Él. Una confianza amorosa. Porque *solo se confía de veras en lo que se ama con todas las fuerzas*<sup>6</sup>. Cada quien tendrá sus experiencias en la vida. A mí, viendo a Pedro hundirse en el mar, me viene a la memoria cuando, siendo muy niño, aprendí a nadar con la ayuda de mi padre. Tendría yo entonces unos seis o siete años, era un día de campo y mi padre estaba en el centro de una gran alberca. No debía de ser muy honda, pues recuerdo que él pisaba el suelo y desde allí me invitaba a alcanzarlo nadando. Como nunca lo había hecho, la distancia se me hacía muy larga y, lógicamente, me daba bastante miedo. Pero ante su insistencia me lancé al agua. Cuando estaba a punto de alcanzarlo, a base de una torpe secuencia de movimientos, para mi desesperación, él se fue haciendo hacia atrás, forzando que yo continuara “la natación”. Tengo grabado el recuerdo de que, cuando por fin lo alcancé, después de un buen susto y haber tragado agua en abundancia, me aferré a su cuello literalmente como a una *tabla de salvación*. Aprendí a perderle el miedo al agua y, con el tiempo, a nadar. Lo que ahora me resulta obvio es que nunca me hubiera atrevido a hacerlo si no fuera por la seguridad que me inspiraba su persona.

La confianza en Dios, explica el P. José Treviño en uno de sus libros, es una feliz combinación de fe y de esperanza. Pero en la que interviene también, y no poco, la caridad. Repito con san Josemaría: *solo se confía de veras en lo que se ama con todas las fuerzas*. Ojalá pudiéramos decir todos con san Agustín: *¿Qué vale toda la tierra? ¿Qué vale todo el mar? ¿Qué vale todo el cielo? ¿Qué todos los astros? ¿Qué vale el sol? ¿Qué vale la luna? ¿Qué vale el ejército de los ángeles? Yo tengo sed del Creador de todas estas cosas; tengo hambre de Él; tengo sed de Él*<sup>7</sup>. Unidos a Cristo, amándolo, podremos atravesar serenamente todas las tempestades y llegar siempre a puerto seguro. *Sancta Maria, Stella Maris, ora pro nobis*.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Los Pinos, Coahuila, a 9 de agosto de 2020.

---

<sup>5</sup> Primera lectura *I Reyes* 19, 9. 11-13.

<sup>6</sup> San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 220.

<sup>7</sup> San Agustín, *Sermón* 158, 7.

